

junta de sombras



MIGUEL HERNANDEZ

(a los 25 años de su muerte)

...He tenido en mis manos las pruebas de la invasión militar italiana que sufre nuestro territorio. No es que yo necesite pruebas para creer. No. Todo el mundo sabe lo que pasa en España. Todo el mundo debiera saberlo. Por eso estoy escribiendo estas memorias. No he hablado sino de mi familia, de mis amigos de mayor intimidad; hasta he copiado mis inocentes meditaciones sobre Economía Política.

Pero escribo, sigo escribiendo a pesar de que ya es muy tarde, porque las intimidades de una familia española deben ser conocidas en estas circunstancias.

Yo quisiera que mis palabras fuesen traducidas al italiano, que fuesen leídas íntimamente por tanto corazón sensible como debe vivir en la hermosa Italia. Ellos comprenderían.

Según los documentos encontrados a los prisioneros y según las declaraciones de los mismos, un gran ejército italiano de ocupación domina las provincias de Franco. Los corazones españoles que aún gozan de libertad, que sueñan y viven para la independencia de la amada patria, están endurecidos como el mío, más firmes que nunca, más inquebrantables. Sobre mi mesa leo *No pasarán*, por Ilya Ehrenburg. Tengo un especial cariño por este libro. Abro sus páginas: "Me dirigí a Malpica con el poeta Rafael Alberti y María Teresa León. A la entrada del pueblo Domingo-Pérez se agrupaban los campesinos. Sus gritos guturales eran de indignación. Nos contaban cómo muchos desertores habían atravesado el pueblo. Los campesinos quisieron detenerlos, pero ellos los amenazaban con sus fusiles. Descubrimos a lo lejos cuatro desertores que avanzaban a buen paso por la carretera de Madrid. María Teresa se lanzó, corriendo a perseguirlos. Alegre, como de costumbre, parecía

un lindo pájaro tropical. Con su minúsculo revólver en la mano detuvo a los cuatro milicianos. Las respuestas fueron confusas. Entregaron sus fusiles a María Teresa y con la vista baja, llenos de vergüenza, siguieron la marcha por la carretera polvorienta..."

Cuando veo que mis camaradas los poetas se destacan de este modo en la lucha, me siento orgulloso de ser escritor, y hasta de ser aprendiz de economista.

Dejé mi Diario para escribirle a Miguel Hernández. He repetido en su carta parte de lo que llevo dicho aquí esta noche. Voy a copiar lo que escribí de nuevo:

"...esa misma desigualdad en tus versos es la que me asegura en la idea de que puedes con tu poesía llenar en parte, el vacío irreparable que nos ha dejado en España el poeta Federico García Lorca. Desigualdad que nos hace descubrir de pronto verdaderas montañas de hermosura. Cuando pase el tiempo (*este espacio de tiempo incandescente, esta guerra flamígera en que estamos*), encontrarás la serenidad que se requiere para que en tu obra futura no existan tamañas desigualdades. Quiero ponerte algunos afortunados ejemplos:

*Los pechos que empujaban y herían
[las montañas
vedlos desfallecidos sin leche ni
hermosuras.*

Y luego, conservando tu mejor acento con versos tan definitivos como los anteriores:

*Ciudades de trabajo y de inocencia,
juventudes que brotan de la encina,
trancos de bronce, cuerpos de
[potencia
yacen precipitados en la ruina.*

O cuando dices como un gran latino:

*El polvo no los puede y hacen del
[polvo fuego,
savia, explosión, verdura repentina:
con su poder de abril apasionado
precipitan el alma del espliego,
el parto de la mina,
el fértil movimiento del arado.*

Y luego, maravillosamente:

*Se merecen la espuma de los
[truenos,
se merecen la vida y el olor del olivo,
los españoles amplios y serenos
que mueven la mirada como un
[pájaro altivo.*

O las dos últimas cuartetas de tu *Niño yuntero* que se me quedan como una canción:

*¿Quién salvará este chiquillo
menor que un grano de arena?
¿De dónde saldrá el martillo
verdugo de esta cadena?
Que salga del corazón
de los hombres jornaleros,
que antes de ser hombres son
y han sido niños yunteros.*

Todos estos versos que te cito y muchos más, casi todos, me gustan, los oigo, los veo, son definitivos, te lo aseguro. En cambio, por cariño a ti y a quienes quieren ver en ti lo que no eres, también voy a copiar un fragmento desdichado de tu romance:

*subiera en su airado potro
y en su cólera celeste
a derribar trimotores
como quien derriba mieses.*

No, tú sabes que no. Comprendo que en un momento de delirio escribamos cosas por el estilo. El potro, el aire, el trimotor, el trigo: la locura. Pero tú sabes como yo que eso no es poesía de guerra, ni poesía revolucionaria, ni siquiera versificación de propaganda. (Tampoco me gusta: "*que morir es la cosa más grande que se hace*".)

Te diré que estos días leí en manuscrito el *Orfeo* de Juan de Jáuregui, poema del siglo XVII, que iba a ser impreso por mí. Un poema magnífico. Tengo el propósito de dedicarle la edición a X X; *Orfeo en el infierno fascista*. Se trata de un poeta que rescató su Eurídice del presidio de Burgos. Pues bien, en todo el poema, verdadero monumento literario, no podría destacar tan buenos versos como los tuyos, cuando son buenos.

Es de día. No he dormido en toda esta noche de guerra. He descansado escribiendo estas cosas...

MANUEL ALTOLAGUIRRE
Noche de guerra (Fragmentos)
Marzo de 1937